

MUERTE DEL VIEJO MARXISMO Y RESURRECCION DEL DIFUNTO EL DIA MENOS PENSADO DEL SIGLO XXI

Francisco Fernández Buey*

Decía Bertolt Brecht, allá por los años treinta, que el problema del marxismo es la gran cantidad de libros que se han escrito sobre el tema sin conocimiento de causa y, sobre todo, olvidando la inspiración crítica de la obra de Karl Marx.

Tenia razón Brecht. Ahora, a finales del siglo XX, habría que decir que el problema del marxismo en este siglo ha sido en realidad la gran cantidad de adolescentes petulantes que un día se llamaron marxistas y que, al hacerse mayores, atribuyeron a Marx las propias tontunas de un día. De este modo el pobre Marx ha tenido que cargar, como si fueran cosas propias, con el mayor fardo de bobadas e incoherencias que conoce la historia de la Humanidad.

Estaba escribiendo esto cuando apareció alguien para no dejarme mentir, ni siquiera exagerar: Jorge M. Reverte en *El País* del 30 de agosto. Reverte se cae del burro (del que viene cayéndose des-

* Profesor visitante de la UCA, 1994.

de hace años, ciertamente) y descubre, a finales del siglo XX, que no es verdad que la derecha política no tenga pensamiento. Pues bien: en vez de comunicar al lector que el modesto periodista ha vivido en Babia hasta los cincuenta años (cosa comprensible y disculpable: a muchas personas les ocurre), echa la culpa de ese error a "la tradición marxista totalizadora". He aquí, una vez más, el gran responsable (esta vez de la tontura de Reverte): "Unos cálculos matemáticos mal hechos por el padre de la teoría del valor, Carlos Marx".

No hay aquí espacio para demostrar, por la vía matemática requerida, que Marx nunca creyó esa memez pseudoprogresista de que la derecha no tiene pensamiento y que tal memez fue, precisamente, la creencia principal de la mayoría de los marxistas de catecismo que he conocido, aquí y fuera de aquí, entre los años sesenta y los años setenta. Pido al lector, por tanto, que me crea bajo palabra. La filología para otro día. A cambio les daré un consejo: lean a Marx, no hagan como Reverte y los demás; los sucedáneos suelen ser peores.

Pero ha habido, en el marxismo, errores y crímenes. Sin duda.

Los errores cometidos por los hombres del siglo XX en nombre del comunismo marxista son muchos. Se han contando tantas veces que el número de los recuentos duplica ya el número de los errores. Yo mismo los he contando otras veces. Por tanto, no me detendré ahora a contar errores una vez más.

Los crímenes cometidos por tiranos del siglo XX en nombre del comunismo marxista son también muchos. Y mucho más importantes que los errores políticos. También estos han sido contados muchas veces. Pero de los crímenes cometidos en nombre de los grandes ideales conviene no olvidarse nunca si se quiere seguir haciendo política. El olvido de los crímenes cometidos en nombre de los grandes ideales, sobre todo cuando estos ideales son los nuestros, convierte la política en niñería o en insulto a los demás.

Y hay que salir de eso. Contra lo que cree mucha gente, la política puede ser una actividad seria y sana. Siempre que se conserven los ideales sin vivir en Babia.

Pues bien, para salir del ámbito de la política contada a los

niños hay que decir: de la misma manera que el cristianismo no se ha acabado por el hecho de que el general Pinochet liquidara en su nombre la democracia en Chile, ni se ha acabado el liberalismo por el hecho de que tantos liberales hayan asesinado a tantos socialistas desde la Comuna de París, ni se ha acabado el pacifismo por el hecho de que en su nombre hayan sido declaradas la mayoría de las guerras de los últimos tiempos, ni se acabará mañana el ecologismo por el hecho de que en su nombre se empiece a manipular conciencias en este fin de siglo, así tampoco hay que dar por terminada la historia del comunismo marxista por el hecho, indiscutible, de que Stalin y los suyos hayan condenado a la muerte a tantos comunistas como Hitler.

Esta dura verdad sirve para explicar, sin más consideraciones, el éxito de ventas del libro más reeditado en nuestra época: *Fui marxista y comunista. Anónimo del siglo XX*.

Pero además del marxismo del poder y de la autoridad hubo en el siglo XX el marxismo del ideal libertario y de la resistencia. No sabemos lo que hubiera sido de nosotros y de los otros sin este otro marxismo en la época de Mussolini; o en la época de Hitler; o en la época de Salazar y Franco.

O en la época de Pilar Careaga.

Sugiero una comparación histórica.

En el siglo XVI entre Fernando Valdés y sus inquisidores de una parte y los protestantes intolerantes de otra quemaron y humillaron a tantos cristianos como llegaron a degollar los turcos; y, sin embargo, ahí está el cristianismo, tan vivo, en lo que se llama posmodernidad finisecular. Eso sí, está ahí dividido en dos (como lo estaba ya en el siglo XVI): el cristianismo de la justificación y conservación de los poderes existentes y el cristianismo de la resistencia en favor de los pobres y desheredados; el cristianismo de Woytila y el cristianismo de los filósofos de la liberación, de L. Boff y los otros.

Supongo que algo así va ocurrir con el comunismo moderno, con el comunismo marxista. Y que hay que prever, por tanto, su resurrección para el día menos pensado del siglo XXI.

Lo supongo, porque tampoco el argumento, ampliamente di-

fundido, sobre la bondad comparativa del capitalismo en lo económico me parece concluyente. Aquel sistema que se presentó a sí mismo al mundo con el nombre de socialismo "real" no ha acabado con todas las desigualdades sociales existentes antes de que la revolución llegara a la parte del mundo a la que llegó. Ciertamente. Por su parte, la ideología sin nombre, la ideología que no se atreve a presentarse al mundo con el nombre de capitalismo, ha producido dos cosas muy contradictorias: mucha riqueza para unos pocos (cuyo número ha aumentado, sin duda, en el parte rica del planeta) y muchísima pobreza para la mayoría (cuyo número ha aumentado aún más desde que el capitalismo existe en América, Asia, Africa y Europa).

Dejemos también para otro día el recuento comparado del número de los proletarios que había en el mundo en la época de Marx y hoy mismo. Solo diré: poner a los otros otro nombre (o sea, en este caso, no llamarlos proletarios) ha sido siempre la primera letra del albañete político del poder.

Los pingos almidonados (que colaboran con el Poder en la tarea de cambiar el significado de las palabras) suelen afirmar que la Historia ha demostrado el fracaso del socialismo marxista y que, por tanto, éste está acabado. Pero con la Historia hay que andarse con cuidado. Por ejemplo, lo del carácter demostrativo de la Historia es, si bien se mira, otra bobada del mismo calibre que la afirmación de que la derecha no tiene pensamiento o que hay una matemática del valor. Ilusiones del pobre señor...

Hablando con propiedad, que es como hay que intentar hablar, la Historia no demuestra nada. Demostrar, demostrar sólo demuestran los matemáticos y los lógicos: las ciencias formales. La Historia es otra cosa: unas veces es una madre que trata a todos sus hijos por igual; otras veces una madrastra que hace discriminaciones injustas; y, en ocasiones, es incluso una tierna abuela que da lo mejor de lo que tiene a los recién llegados. El marxista Engels pensaba que más bien lo segundo. Y el pensador ruso más apreciado por el marxista Marx, Chernichevski, creyó en lo de la Historia=abuela. Tanto lo creyó que el marxista Marx, ya viejo y de vuelta de sus tontunas progresistas anteriores, se pasó también a esta creencia (tal vez porque en su caso no había otro Marx al

que echar la culpa de los efectos del sarampión).

En fin, la Historia, cuando se la estudia mucho, con mucha dedicación y sin prejuicios, es, a lo sumo, un pariente de la Humanidad sugeridor de argumentos plausibles. Nada más que eso, creo yo. Lo cual ya es mucho para los pingos almidonados que un día declaran el fin de la historia y al siguiente, con el mismo énfasis, el comienzo de la barbarie.

Quisiera aclarar a los amigos de otras convicciones menos racionalistas que esta suposición mía no incluye una resurrección del padre fundador al tercer año después de la derrota, ni tampoco una resurrección del tipo de la del ave Fénix. No creo en esas cosas: ni en los hombres que se hacen dioses ni en las aves que resurgen de las cenizas.

Para que el marxismo renazca los aficionados a Marx (que al mismo tiempo sean sensibles a la persistencia de la desigualdad social, del mal que son las guerras, de la injusticia que conlleva el capitalismo, de la depredación de la naturaleza en nombre del beneficio privado, de la alienación de los trabajadores y de los sin trabajo, de la discriminación de las mujeres, y de tantos otros horrores posmodernos) antes tendrán que aceptar: 1/ que ha habido y hay varios marxismos y que alguno de ellos no sólo es inservible, sino despreciable; y que, como al cristianismo en el siglo XVI, al marxismo le está haciendo falta una buena reforma (en el sentido laico); 3/ que el mundo que hoy hay que cambiar no es sólo Europa, como cuando vivía Marx (o mejor: como creía el propio Marx), sino los cinco continentes del planeta Tierra, por lo que los sujetos susceptibles de intervenir en el cambio, e interesados en él, no son sólo los trabajadores de las zonas industrializadas sino la gran mayoría de los excluidos y desheredados de este mundo nuestro.

Mi supuesto es que el marxismo que queda no es una ciencia sino una filosofía moral. Con esta filosofía moral se encontrarán de nuevo las mujeres del mundo que reflexionen sobre la persistencia histórica de la discriminación sexual; las mujeres y varones del mundo que piensen en las causas sociohistóricas de la crisis ecológica; los jóvenes, mujeres y varones del mundo que se pregunten por la persistencia del hambre y de las guerras en la época de la plétora miserable: las gentes sensibles, en suma, que decidan

hacer frente a la alienación universal del final del siglo XX.

Muchos de los hombres insumisos y de las mujeres resistentes que hoy buscan su propia identidad acabarán encontrándose con el marxismo como filosofía moral. El día menos pensado del siglo XXI.

Probablemente entonces el viejo marxismo no sea ya la única creencia fuerte o tradición liberadora para los insumisos convencidos de la necesidad de la revolución mundial. Pero una cosa parece segura: las nuevas creencias que entonces broten de las aspiraciones y necesidades de las gentes de abajo para enlazar con la moderna tradición liberadora dialogarán con el viejo marxismo. Por una razón sencilla: porque en estos años, entre tanto pensamiento voluntariamente débil, tanto movimiento social de un solo asunto, tanta soberbia científicista y tanto irracionalismo compensatorio, no ha brotado todavía otro pensamiento que tenga, como lo tuvo el viejo marxismo, la fuerza de las creencias populares. Ha habido y hay, desde luego, otras teorías mejores y más finas en el análisis de aspectos parciales de la civilización del capitalismo, pero ninguna otra ha logrado hasta ahora *juntar vocación analítica, espíritu crítico y voluntad de emancipación en favor de los explotados y oprimidos.*

30/VIII/1994.